

ECUADOR DEBATE 89

Quito-Ecuador, Agosto 2013

PRESENTACION / 3-6

COYUNTURA

Diálogo sobre la coyuntura: ejes y contornos de un régimen disciplinario / 7-20

Conflictividad socio-política: marzo-junio 2013 / 21-28

TEMA CENTRAL

Las movilizaciones de protesta: nueva forma de lucha social

J. Sánchez Parga / 29-40

Un mundo en efervescencia política

Albert Ogien / 41-50

Obstáculos a la democracia luego de las Nuevas Revoluciones árabes

Farhad Khosrokhavar / 51-70

Movilizaciones y protestas estudiantiles y sociales en Chile

José Lino Contreras Véliz / 71-92

España: de los impactos de la crisis a las movilizaciones de protesta

Antonio Alaminos y Clemente Penalva / 93-118

DEBATE AGRARIO-RURAL

La asociación lechera, ¿Desarrollo local o subordinación productiva?

El caso de la comunidad La Chimba, Cayambe

Diego Martínez G. / 119-134

ANÁLISIS

¿Punto y final del partido indígena? Análisis desde las elecciones ecuatorianas del 2013

Ferran Cabrero / 135-156

La indiferencia ante los derechos humanos y la educación moderna en un régimen populista. La ideología de la descolonización en Bolivia

H. C. F. Mansilla / 157-172

2 Índice

RESEÑA

El rey de la leña / 173-178

TEMA CENTRAL

Las movilizaciones de protesta: nueva forma de lucha social

J. Sánchez Parga

Una nueva forma de lucha social comenzó enfrentando las políticas y gobiernos neoliberales, después las protestas se dirigieron contra todo gobierno y régimen político, fueran dictaduras o democracias, sometidos al nuevo orden económico capitalista global, el que se impone sobre todos los Estados y en contra de todos los ciudadanos en todo el mundo. Estas movilizaciones de protesta se encuentran atenazadas por un dilema fundamental: desarmadas de su potencial de violencia son incapaces de cualquier cambio o transformación de la realidad, y armadas corren el riesgo de ser criminalizadas y reprimidas como terroristas.

1. De las reivindicaciones a las protestas

Hace más de una década se advertía ya un cambio en las formas y contenidos del conflicto social y de las luchas sociales.¹ De manera más precisa se observaba cómo a un decline de los conflictos reivindicativos correspondía un incremento de las manifestaciones de protesta. Se trataba de un cambio fundamental, y que en América Latina presentaba una fuerza y evidencia particulares, ya que suponía una transformación de los *movimientos sociales* esencialmente reivindicativos en unas *movilizaciones de protesta* de carácter político.²

La cuestión que ya entonces se planteaba es ¿a qué nuevas lógicas y fuerzas respondió el paso de un ciclo, el de los *conflictos sociales* protagonizados por los movimientos reivindicativos, al ciclo de las *luchas políticas* de las movilizaciones protestatarias?

Tal cambio ha sido resultado de un nuevo modelo de desarrollo capitalista, basado no en la producción industrial sino en la acumulación (financiera) y concentración de riqueza (capitales), el cual se impone de manera global en todo el mundo ejerciendo su hegemonía o legítima dominación a través de los Estados democráticos.

1 Cfr. J. Sánchez Parga, "Del conflicto social al ciclo político de la protesta", *Ecuador Debate*, No. 64, abril 2005.

2 Cfr. John Wolton, "Debt and Protest and the State in Latin America", en Susan Eckstein (edit.) *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*, University of California Press, London, 1989. Los estudios sobre la protesta social se inician sobre todo a partir de la gran crisis en Argentina: Carrera & Cotarelo (2001), Seoane & Taddei (2001), Delamata (2002), Algranati (2004).

Hasta la década de los 70 el capitalismo productivo e industrial, para garantizar las condiciones de su reproducción, se había mostrado cada vez más *distributivo* de sus excedentes; y al mismo tiempo la “tercera ola” de democratización (Huntington, 1994) en el mundo había consolidado un *Estado de Derecho*, cuyas políticas *redistributivas* trataban de cubrir las demandas de aquellos sectores de la sociedad no directamente integrados a la producción capitalista y por ello marginales a su distribución de excedentes. En este sentido los Estados democráticos en cierto modo complementaban y compensaban el modelo de desarrollo capitalista. Fue en este contexto que surgieron y se reforzaron los *movimientos sociales* con sus reivindicaciones de mayor participación en la sociedad, su lucha (“pro-activa”) por una mayor *inclusión social* (*demand for equality*).³

Durante los años 80 el desarrollo capitalista entra en una nueva fase de valoración del capital y de aumento de su rentabilidad, generando un nuevo modelo de desarrollo basado en la acumulación y concentración de riqueza; y por consiguiente no-distributivo sino más bien empobrecedor de las mayorías sociales, a las que lejos de explotar excluye del proceso productivo (del trabajo) y despoja de sus recursos o derechos sociales. Lo que dará lugar a una nueva forma de lucha (“re-activa”) contra la *exclusión social* (*protest again inequality*).⁴

Será bajo la dominación del nuevo ordenamiento del capital financiero global, que surge en todo el mundo una nueva forma de lucha así mismo global, ya que “la política del conflicto varía siempre y se transforma en estrecha correspondencia con los cambios del poder político”.⁵

Varias características definen las nuevas formas de lucha social en todo el mundo: a diferencia de los movimientos sociales y sus conflictos reivindicativos, que eran: a) protagonizados por un determinado grupo o sector social, organizados y conducidos por una dirigencia; b) democráticos (democráticamente representables y gobernables) y productores de “un orden democrático” (J. C. Portantiero, 1988); c) no violentos, aunque en ocasiones pudieran dar lugar a prácticas y situaciones de violencia; por el contrario, las movilizaciones de protesta se conforman de una vasta heterogeneidad social, sus convocatorias y concentraciones no responden a ninguna organización social ni a la conducción de una dirigencia; son antidemocráticas y fundamentalmente violentas, aunque se declaren no-violentas y no siempre se resuelvan con violencias.

2. El actor social de la protesta

El “capitalismo salvaje” de la actual hegemonía neoliberal, en su valoración ilimitada del capital financiero en detri-

3 Cfr. Amartya Sen, *Inequality Rexamined*, Clarendon Press Oxford, London, 1992.

4 Es Alain Touraine (1987; 1988) quien caracteriza ambas formas de lucha como “pro-activas” las reivindicativas y “re-activas” las de protesta.

5 Cfr. Ch. Tilly & Sidney Tarrow, *Politique(s) du conflit. De la greve à la révolution*, Sciences Po, Paris, 2008.

mento del trabajo pasa de la explotación de los trabajadores a su exclusión del trabajo, y en definitiva los despoja de sus recursos laborales y profesionales. Por eso el trabajo no es más que el punto de partida de todos los otros despojos y exclusiones de todos los derechos y conquistas sociales, que habían permitido el desarrollo de las clases medias, su ampliación y cohesión al interior de la estructura social.

Resulta obvio que sea a costa del empobrecimiento de las clases medias, que se hace posible la concentración y acumulación de riqueza por parte del capital. Son por eso estas clases medias, que se constituyen en el núcleo social más protagonista de la protesta, su principal intérprete, contra un modelo económico y políticas gubernamentales de exclusiones y despojos. Y todo ello dominado por el imperativo neoliberal del desarrollo capitalista, según el cual “no hay crecimiento económico sin creciente inequidad”; lo que en términos más simples significa: para que las minorías sean más ricas se requiere que las mayorías se empobrezcan. A no otra cosa responde la última crisis producida por el capital y los más recientes “programas de austeridad”, que son programas de sometimiento a los imperativos del modelo capitalista.

Por esto mismo las dinámicas de movilización de las protestas hacen elásticas y porosas las fronteras de las clases medias, pudiendo extenderse a otros sectores de la sociedad. De esta manera

las protestas desatan una rápida difusión de la acción colectiva, su constante o progresiva transmisión desde los sectores más movilizados a los menos movilizados, un ritmo de innovación acelerado tanto en las formas como en los contenidos de la confrontación y finalmente una combinación de manifestaciones y concentraciones unas más espontáneas que otras más o menos organizadas.⁶

Una enorme y violenta protesta puede comenzar deflagrándose por la subida de 20 centavos del precio del transporte (Brasil), para terminar convirtiéndose en una masiva movilización por un transporte gratuito y contra el modelo de crecimiento económico; puede dispararse con el suicidio de un joven profesional sin trabajo (Túnez) para acabar convertida en una movilización de liberación nacional.

Este “movimientismo”, que la protesta imprime a los más heterogéneos sectores sociales, pone de manifiesto una paradójica politización de la sociedad civil, convirtiéndola en arena de los enfrentamientos contra las políticas gubernamentales primero, después contra los gobiernos sean de derecha o de izquierda, contra el mismo Estado democrático, y finalmente contra el orden capitalista global de todo el mundo. Este contradictorio fenómeno de “participación activa de la *sociedad civil* en la política” encubre una protesta y una confrontación más profundas: la de una sociedad civil y una sociedad política, la de “ciudadanos en cólera”, “ciudadada-

6 Cfr. Sidney Tarrow, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid, 1997.

nos indignados”, los “forajidos” (que en Ecuador el 2005 derrocan un Presidente), contra los políticos, los partidos y las instituciones políticas.

A diferencia de los movimientos sociales, cuyas reivindicaciones diferenciaban claramente los intereses de las distintas clases, grupos o sectores sociales, la *sociología de la protesta* tiene más bien el efecto de unir y amalgamar rechazos y rebeliones particulares, compartiendo repudios e impugnaciones diversas, haciendo converger de maneras más o menos amplias toda una variada morfología de enfrentamientos. Las bases multiclasistas, que los autores atribuyen a las movilizaciones de protesta, responden más bien a su disposición o *efecto reactivo* contra la exclusión y el despojo que toda la sociedad en su conjunto expresa siempre en las concentraciones de protesta.

Un fenómeno complementario al señalado más arriba es que una protesta particular, iniciada y protagonizada por un determinado sector o grupo social no sólo puede tener un efecto de metástasis en otras clases o poblaciones, sino que simultáneamente se descubre que tras las protestas y movilizaciones de rechazo más particulares se va descubriendo un factor común y más general, que provoca todas ellas: el nuevo ordenamiento económico de un capitalismo terrorista, que despoja a todos aquellos, cuyos recursos pueden ser objeto de la acumulación y concentración capitalista, y que excluye socialmente (no de la

sociedad) a quienes son incapaces de concentrar y acumular riqueza.

No otro es el imperativo implacable del capitalismo financiero neoliberal: quienes son incapaces de concentrar y acumular riqueza se vuelven presa de la concentración y acumulación por parte de otros. En este sentido la “lucha de clases” se manifiesta de manera más encarnizada, más difusa y generalizada, en esta fase terminal del desarrollo de un capitalismo depredador.

A este nuevo actor social, heterogéneo y extremadamente móvil y dinámico, capaz de ocupar las calles tanto como las redes sociales, corresponde una nueva forma de lucha social: un “subversivismo”, que según Gramsci designa formas de rebelión privadas e inorganizadas; el que se funda sobre un fuerte resentimiento contra el Estado y el orden establecido, pero al mismo tiempo interioriza una posición de subalternidad respecto de ellos. Este subversivismo afecta a las clases populares tanto como a las clases medias, e incluso también a las elites, y expresa un pesimismo en cuanto a las posibilidades de cambiar las relaciones sociales de dominación e inequidad. Se trata en definitiva de una “rebelión a-política”, o de un “militantismo impotente”; ya que sin clase ni partido la gente o las multitudes conforman fuerzas tan centrífugas y heterogéneas como anárquicas, sin capacidad alguna para producir una forma coherente y posible de proyecto político.⁷

7 Antonio Gramsci, *Cuaderni del carcere (1948)*, Einaudi, 2007.

3. La economía política de la protesta contra la democracia

Si “sólo en las sociedades democráticas se forman los movimientos sociales” (A. Touraine, 1994:88; Samuel B. Huntington, 1991), cabe preguntarse qué democracia o condiciones democráticas hay en las sociedades, donde los movimientos sociales reivindicativos han sido sustituidos por las movilizaciones de protesta.

Aunque las protestas se inician ya en la década de los 80 en América Latina contra el pago de la *deuda externa*, y todavía bajo el *ciclo reivindicativo* de los movimientos sociales, es desde el principio de los años 90 que las movilizaciones de protesta impugnan y enfrentan las políticas y gobiernos neoliberales. Una década después las protestas se radicalizan contra las mismas instituciones democráticas (se derrocan gobiernos democráticos) y en particular contra todo el sistema de la representación política (partidos, elecciones y parlamentos) y contra la misma clase política: el grito de Buenos Aires, “todos fuera” resonará después en Ecuador y finalmente en casi toda Europa y también, con el “lárguense” (*degage*) en los países árabes.

En ningún caso hay que confundir los distintos detonantes de las movilizaciones con los objetivos y objetos de fondo de las protestas. El alcance anti-democrático de las protestas se manifes-

tará progresivamente, en la medida que se descubre que las políticas neoliberales de concentración y acumulación de riqueza, con sus efectos de empobrecimiento, despojo y exclusión, ni son propias de las políticas y gobiernos neoliberales, sino que trascienden tipos de Estado y de gobierno, y que más bien instrumentalizan las mismas democracias para garantizar su eficacia y legitimidad.

Por esta razón, la promoción de la democracia en todo el mundo “es parte de un amplio y hegemónico proyecto de dominación global” y por consiguiente del nuevo ordenamiento económico del capital en todo el mundo.⁸ Según esto, ni son las movilizaciones de protesta las que amenazan las democracias, sino más bien las políticas y los gobiernos que provocan tales protestas, ni por consiguiente tampoco son los terroristas que amenazan destruir las democracias en el mundo sino más bien las luchas anti-terroristas de los Estados democráticos ya han comenzado a minar los fundamentos, los principios y los valores de la democracia.

El nuevo ordenamiento neoliberal de todo el mundo es impuesto a los mismos Estados, gobiernos y democracias por los organismos económicos del capital: por el sistema bancario, el Banco Europeo y el Tesoro norteamericano, por las bolsas, donde se cotizan hasta las deudas de los Estados y las tasas de riesgo de los países, por el FMI y el Ban-

8 Gordon Crawford, “Promoting Democratic Governance in the South”, en *The European Journal of Development*, vol. 12, Nº 1, junio 2000:25; Abraham Lowenthal, *Exporting Democracy: The United States and Latin America*, The John Hopkins University Press, 1991; Sophia Mappa (edit.), *Développeur par la Démocratie? Injonctions occidentales et exigencies planétaires*, Karthala, Paris 1995.

co Mundial, y por todos los Mercados. Lejos de resistirse a esta *buena gobernanza* de la economía capitalista para defender a los ciudadanos, los Estados, gobiernos y democracias se convierten en instrumentos del nuevo capitalismo financiero y de los Mercados.⁹ Se trata de una radical mutación del *gobierno político de la economía por un gobierno económico de la política*.¹⁰ De una “gobernanza” que es sinónimo de un “management totalitario” (A. Denault, 2013).

Esta instrumentalización de la democracia en todo el mundo por parte de la dominación del capitalismo neoliberal, al mismo tiempo que la “devasta” y deslegitima, termina por hacer de ella el último referente de rechazo de las protestas.¹¹ Tras las demandas de una “democracia participativa”, de una “democracia de los ciudadanos”, “democracia ya!”, “democracia real”, “democracia alternativa”..., las movilizaciones de protesta impugnan las democracias realmente existentes, las que en definitiva han hecho posible la dominación, los despojos y las exclusiones del capitalismo neoliberal. Si no se llega a impugnar la sustancia o principio mismo de la democracia es porque sería el último reducto de los ciudadanos frente a la global “devastación del capital” (Marx).

Esto mismo explica por qué tras las sublevaciones populares, el derroca-

miento de gobiernos o de las dictaduras árabes resulta tan difícil la formación y consolidación de mejores regímenes democráticos. La brutal contradicción de las democracias actuales consiste en haberse convertido en el más legítimo modelo de gobierno económico de la política y del sometimiento de las instituciones políticas a la tiranía económica de los mercados.

Nada tiene de casual, que esta per-versión económica de la política en todos los gobiernos democráticos (y no democráticos) haya coincidido con una vasta ola de corrupción de los políticos y gobernantes por todo el mundo. Lo que antes se consideraba un “conflicto de intereses” entre los económicos (privados) y los políticos (públicos), hoy aparece tan tolerado y justificado como una “composición de intereses” entre poder y riqueza; como si el precio del poder fuera la riqueza y el precio de la riqueza fuera el poder. Aunque la corrupción de los políticos todavía escandaliza y todavía sea judicialmente perseguida, cada vez es ya menos políticamente sancionada; y más bien tiende a convertirse en un ejemplo a imitar dentro de la dominación y moral neoliberal.

4. Las impotencias de la protesta y su semántica escénica

La impotencia de las movilizaciones de protesta es equivalente a su excesiva

9 Para una crítica de la idea y del programa de la “gobernanza” cfr. N. Guilhot, “La Banque Mondiale réclame *bonne gouvernance*, *Le Nouveau Capitalisme. Manière de voir*, Nº 72, 2004.

10 Cfr. J. Sánchez Parga, “El ciclo político de la economía y el gobierno económico de la política”, en *Ecuador Debate*, Nº 55, abril 2002.

11 Cfr. J. Sánchez Parga, *Devastación de democracia en la sociedad de mercado*, CAAP, Quito, 2011.

expresividad pública y mediática. Ya Touraine sostenía que tales manifestaciones de la protesta eran “una movilización social y política más ficticia que real, más teatral que eficaz” (1988:469); y protagonizada por “actores sin acción social” (p. 364), es decir, sin capacidad para cambiar la realidad y el orden social contra el cual protestan.

El otro factor estructural de impotencia de las protestas es su falta de reivindicaciones reales y concretas. Cuanto con más fuerza se rechaza el orden establecido, tanto menor parece ser la capacidad de proponer otro alternativo, ya que cualquier alternativa real pasaría por la destrucción y transformación del orden existente.

Esto explica la paradójica semántica de los *slogans* protestatarios: “exigir todo y nada al mismo tiempo” (p.184). Más aún, si no hay reales reivindicaciones posibles y “consensuadas” es porque la lógica y dinámica mismas de la protesta lo impiden, pues reivindicación y protesta se contradicen: “la falta de reivindicaciones específicas del movimiento era uno de sus puntos débiles fundamentales” (p.185). Aunque de hecho es la reivindicación, no su defecto, lo que debilitaría las protestas; cuanto más radical y total es el rechazo, menores son las condiciones para reivindicación alguna: “cualquier enfoque pragmático para conseguir las reivindicaciones tendría que pasar por el sistema político, lo que sería contradictorio...” (p.186).

Aunque a las movilizaciones de protesta no se les puede negar “la fuerza de la calle”, la capacidad de obligar a cambios y rectificaciones gubernamentales,

e incluso forzar la caída de un gobernante o un cambio de gobierno, la protesta carece de poder para afectar o alterar el orden económico global de todo el mundo y por consiguiente tampoco la imposición de este ordenamiento en cada uno de los países.

Tres serían los principales efectos de dominación del ordenamiento económico capitalista, que limitan el poder de las protestas. En primer lugar, y en razón de la misma composición social de las movilizaciones, las protestas lejos de impugnar el orden capitalista global del mundo y su hegemonía neoliberal, se limitan a cuestionar las exclusiones, los despojos y empobrecimientos, que el modelo genera, y que reduce los derechos económicos y sociales tanto como el “poder adquisitivo” y el consumo sostenido de bienes y servicios.

En segundo lugar, el modelo de dominación impide la organización de clases y sectores sociales tan heterogéneos y, haciendo que ni al interior de cada país ni al interior de un mismo continente las movilizaciones puedan llegar a unirse en una sola fuerza y lucha social organizada y sostenida. En tercer lugar, la fragmentación de los intereses y el mismo efecto de fracturación tan diversificada, que tienen las exclusiones (laborales y profesionales) y despojos (de bienes y servicios), impide que los contenidos de las protestas conduzcan a una convergencia y unificación de las movilizaciones.

La limitada eficacia de las protestas parece compensada, y en parte encubierta, por un exceso de expresividad, que se manifiesta sobre todo en su ocupación de los espacios públicos y me-

diáticos. La estadística de las movilizaciones, para estimar el número de participantes, es un factor decisivo para medir el poder de una protesta. Este indicador cuantitativo junto a la duración o frecuencia de las ocupaciones de calles y plazas, tiene siempre una repercusión mediática, y la importancia de ocupar la primera página de la prensa o la portada del telediario. Este *efecto de ampliación mediática* de las protestas en los mass-media tiende a legitimarlas ante la opinión pública y también a globalizar su alcance.

Otro componente de las movilizaciones protestatarias es la proliferación de una semántica interpelativa cifrada en *slogans* y mensajes. Sin embargo esta fuerza de los gritos, pancartas y pintadas sirven para marcar los significados presentes del hecho histórico, pero se muestran impotentes para lograr los cambios anunciados o deseados.

Asociada a esta semántica de las protestas, una sobrecarga afectiva y emocional agita las movilizaciones con un doble efecto: o bien hacen que terminen “enamoradas de sí mismas”, por una suerte de narcisismo colectivo, dispuestas y resignadas a celebrar sus aniversarios como tantos otros movimientos o foros sociales y alternativos, que no duran más que en sus conmemoraciones; o bien derivan en pasiones destructoras, que alteran y violentan el or-

den público, exponiéndose a ser criminalizadas o reprimidas como terroristas.¹² De hecho estas dosis afectivas y con frecuencia festivas tienden a encubrir en parte la incapacidad política de las movilizaciones, pero también en parte a inducirles esta impotencia para lograr los cambios. Afectos y emociones (como la indignación o la esperanza) son *pasiones políticas*, que lejos de promover la acción social y la lucha política las inhiben.¹³

Otro exponente de la debilidad política de las protestas surge de la confusión, que atribuye a las *redes sociales* una fuerza movilizadora y organizativa, cuando en realidad se limitan a informar, convocar y conectar a sus usuarios. Que *internet* haya contribuido a las movilizaciones de protesta en todo el mundo, no justifica exagerar sus efectos e influencias.¹⁴ Y tampoco es la *Web*, como sostiene Castells (p. 212), que excluye un liderazgo y una “organización vertical” de las movilizaciones de protesta, cuando de hecho es más bien la heterogeneidad social de las movilizaciones, su coyunturalidad, tanto como la dinámica de las mismas protestas, las que excluyen toda posible conducción y organización, cifrando más bien su fuerza en su centrífuga inorganicidad. Y sobre todo al ser las protestas *anti-sistema* ellas mismas no pueden ser más que *anti-sistémicas* en su interior.

12 Slavoj Žižek, *Occupy: Scenes from Occupied America*, Verso, 2011.

13 M. Castells (2012) considera que los movimientos de protesta son “movimientos emocionales” (p.30), y que “el proceso de acción colectiva (está) arraigado en la indignación, impulsado por el entusiasmo y motivado por la esperanza.

14 Una crítica de este fenómeno en el caso particular de los levantamientos árabes ofrece el libro de Yves González-Quijano, *Arabités numériques. Le printemps du Web arabe*, Simbad- Actes Sud, Arles, 2012.

5. Dilemas de la violencia (des)armada de las protestas

La violencia o no-violencia de las movilizaciones de protesta no depende ni de las intenciones de sus actores ni de las estrategias de sus movilizaciones o concentraciones. Las raíces de la violencia protestataria son esencialmente estructurales y se fundan en el carácter fundamentalmente *ingobernable* de la protesta.

A diferencia de las demandas y conflictos reivindicativos protagonizados por los movimientos sociales, que eran política y democráticamente representables (en los parlamentos) y gobernables, las protestas por el contrario son un rechazo frontal contra los gobiernos y contra la *gubernamentalidad* del mismo Estado democrático. Por eso al inicio de los años 90 ante las amenazas de un *ciclo de protestas*, de una nueva forma de lucha social, el Banco Mundial y las instituciones de NNUU, junto con los organismos internacionales, lanzan un colosal y ambicioso programa para la *gobernabilidad*. De lo que se trataba era de calmar y someter por una *buena gobernanza* las olas y ciclos de protesta, que las mismas políticas y gobiernos neoliberales comenzarían a provocar.

Por tal razón, la ingobernabilidad de las protestas no reside en su mayor o menor violencia, sino en la incapacidad de los gobiernos y de los Estados democráticos en gobernar una forma de lucha, que ellos mismos generaban con

sus políticas de empobrecimiento, despojos y exclusiones.

La violencia de las protestas posee una doble lógica, al rehusar las “alternativas” en cuanto utopías ilusorias y reaccionarias, puesto que la única alternativa real sólo puede surgir de la destrucción del ordenamiento actual del mundo realmente existente; y también a superar ese “estado de resistencias”, que evita la lucha como única condición del cambio. Y por la misma razón tampoco pueden reducirse las protestas a un estado de “*indignación y esperanza*” (Castells, 2012), cuyo carácter inerte y afectivo, subjetivo y moral parece un rechazo a la acción política y al cambio social.

Si bien la protesta puede comenzar expresándose de forma pacífica, y algunas movilizaciones de protesta terminan pacíficamente, la protesta es siempre portadora de una dinámica de resistencia y rechazo, que puede concluir con las manifestaciones más violentas y de máxima eficacia política, como el derrocamiento de un gobierno y gobernante o la subversión del orden establecido: “protest that begin in one form often evolve to another” (Walton, 1989:316). De ahí el doble *efecto de acumulación*, que una misma movilización de protesta adquiere cargándose de intensidad y violencia, y el *efecto de imprevisibilidad*, haciendo siempre inciertos e inesperados sus desenlaces.¹⁵

Algunos autores se resisten a reconocer la sustancia y estructura violenta

15 Cfr. N. Sambanis & A. Zinn, “The Escalation of Self-Determination Movements: From Protest to Violence”, *Annual Meeting of the American Political Science Association*, 2005.

de las protestas, considerándolas “mayoritariamente no violentas” (Castells, p. 186), como si la no violencia fuera un axioma de las movilizaciones (p.139), y “un principio básico de la nueva cultura de paz” (p.130). Sin embargo, negar a las movilizaciones de protesta su potencial de violencia es despojarlos de su sustancia política y sobre todo de la lógica del enemigo, ya no del adversario, a quien hay que destruir en razón de la propia supervivencia.¹⁶

A diferencia de las violencias instrumentales, la protesta es portadora de una violencia sustantiva, porque es “reactiva” a esas otras violencias del “capitalismo salvaje” o de un “neoliberalismo de guerra” (González Casanova, 2002). De hecho, nada permite pensar una lucha colectiva no-violente en un mundo convertido en un campo de batalla de todas las guerras, económicas, políticas, culturales y sobre todo anti-terroristas. No reconocer la violencia inherente a las movilizaciones de protesta, supone ignorar esas otras violencias mayúsculas, más crueles y poderosas, contra las cuales precisamente luchan las violencias ciudadanas en todo el mundo: violencias estatales, capaces de espiar y torturar, violencias policiales y militares capaces de reprimir y asesinar en defensa de un orden económico global, que sólo se impone, consolida y reproduce con extremas violencias.

Finalmente, sólo una teoría de la violencia de las luchas sociales permite

distinguir tanto como establecer las continuidades entre protestas armadas y desarmadas, entre aquellas que fueron reprimidas y sofocadas, y las que terminaron desembocando en levantamientos, revoluciones y guerras civiles (países árabes).

Las movilizaciones de protesta se encuentran atezadas por un inexorable dilema: sin reales reivindicaciones propositiva (*pro-activas*) y sin ejercer todo su potencial de violencia, terminan debilitadas sin lograr cambio alguno; si, en cambio, las protestas extreman su violencia y se vuelven más o menos armadas, corren el riesgo de ser criminalizadas y declaradas terroristas.¹⁷

No hay que dejarse confundir por la ideología política de la tergiversación: no es el terrorismo ni los terroristas, ni mucho menos las violencias protestatarias, que han convertido al nuevo orden económico global en un régimen antiterrorista, sino más bien lo contrario: es su antiterrorismo lo que mejor legitima y con más fuerza preserva ese nuevo ordenamiento capitalista del mundo.

No otros son “los efectos contradictorios de la violencia” (p. 216); por eso no se puede reducir la violencia a la represión que las protestas provocan y mucho menos a un supuesto “instinto de autodefensa” (Castells, *ibid.*). Lo que explica el potencial de violencia de las protestas es el que ejerce sobre los ciudadanos de todo el mundo el nuevo ordenamiento del capitalismo global; en otras

16 Sólo más recientemente una importante bibliografía asocia las movilizaciones de protesta con la violencia: cfr. Della Porta (1995), M. Kaldor (1999), Sambanis & Zinn (2003), Brockett (2005).

17 Raul Zibecchi (2007) muestra cómo las iniciativas para criminalizar la protesta mediante “leyes antiterroristas” han tenido lugar en varios países de América Latina, y también en Europa y países árabes durante las últimas rebeliones y protestas de los últimos años.

palabras no es la *violencia instrumental* de la represión de las movilizaciones protestatarias sino la *violencia estructural*, que articula la protesta a la violencia real y simbólica del “no hay alternativa” al orden dominante neoliberal.

Bibliografía

- ALGRANATI, Clara et al.
2004 “Disputas sociales y procesos políticos en América Latina”, OSAL/CLACSO, n.13.
- BROKETT, Charles D.
2005 *Political Movements and Violence in Central America*, Cambridge University Press, New York.
- CARRERA, Nicolás Iñigo & COTARELO, María
2001 “La protesta en Argentina (enero-abril 2001)”, OSAL/CLACSO, n. 4, junio.
- CASTELLS, Manuel
1998 *La era de la información, vol.2. El poder de la identidad*, Edit. Alianza, Madrid.
—, 2012 *Redes de indignación y esperanza*, Alianza, Madrid.
- CRAWFORD, Gordon
2000 “Promoting Democratic Governance in the South”, en *The European Journal of Development*, vol. 12, n. 1, june.
- DELAMATA, Gabriela
2002 “De los estallidos provinciales a la generalización de las protestas en Argentina. Perspectiva y contexto en la significación de las nuevas protestas”, *Nueva Sociedad*, n. 182, Nov.-Dic.
- DELLA PORTA, Donatella
1995 *Social Movements, Political Violence and State. A Comparative Analysis of Italy and Germany*, Cambridge University Press, Cambridge.
- DENAULT, Alain
2013 *Gouvernance. Le management totalitaire*, Edt. Lux, Lettres Libres, Quebec.
- ECKSTEIN, Susan (edit.)
1989 *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*, University of California Press, Berkeley.
- FRANK, Thomas
2013 “Occuper Wall Street; un mouvement tombé amoureux de lui-même”, *Le Monde Diplomatique*, janvier.
- GONZALEZ CASANOVA, Pablo
2002 “Democracia, liberación y socialismo: tres alternativas en una”, OSAL/CLACSO, n. 8.
- GONZÁLEZ-QUIJANO, Yves
2012 *Arabités numériques. Le printemps du Web árabe*, Simbad- Actes Sud, Arles.
- GRAMSCI, Antonio
2007 *Cuaderni del carcere (1948)*, Einaudi.
- GUILHOT, N.
2004 “La Banque Mondiale réclame bonne gouvernance”, *Le Nouveau Capitalisme. Manière de voir*, n.72.
- HUNTINGTON, Samuel P.
1994 *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Paidós, Barcelona.
- KALDOR, Mary
1999 *New & Old Wars. Organized Violence in a Global Era*, Polity, Cambridge.
- LOWENTHAL, Abraham
1991 *Exporting Democracy: The United States and Latin America*, The John Hopkins University Press.
- MAPPA, Sophia Mappa (edit.)
1995 *Développer par la Démocratie? Injonctions occidentales et exigences planétaires*, Karthala, Paris.
- MARSTEINDREDET, Leiv
2008 “Las consecuencias sobre el régimen de las interrupciones presidenciales en América Latina”, *América Latina Hoy*, vol. 49.
- MORAL SALAS, M. & PEREZ SAINZ, Juan Pablo
2006 “De la vulnerabilidad social al riesgo de empobrecimiento de los sectores medios: un giro conceptual y metodológico”, *Estudios Sociológicos*, vol. XXIV, n. 1, enero-abril.
- PEREZ-VITORIA, Silvia
2005 *Les paysans sont de retour*, Actes Sud, Arles.
- PORTANTIERO, Juan Carlos
1988 *La producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el estado y la sociedad*, Nueva Sociedad, Buenos Aires.
- SAMBANIS, N. & ZINN, A.
2003 “The Escalation of Self-Determination Movements: From Protest to Violence”, *Annual Meeting of the American Political Science Association*.
- SANCHEZ PARGA, J.
2002 “El ciclo político de la economía y el gobierno económico de la política”, en *Ecuador Debate*, n.55, abril.

- .2005 "Sin (creciente) inequidad no hay crecimiento económico", en *Socialismo y Participación*, n. 99, Lima.
- .2005 "Del conflicto social al ciclo político de la protesta", *Ecuador Debate*, n. 64, abril.
- .2011 *Devastación" de democracia en la sociedad de mercado*, CAAP, Quito.
- SEN, Amartya
1992 *Inequality Reexamined*, Clarendon Press Oxford, London.
- SEOANE, José & TADDEI, Emilio
2001 "Protesta social, ajuste y democracia: la encrucijada latinoamericana", OSAL/CLACSO, n. 4, junio.
- SOUSA SANTOS, Boaventura de
2001 "Los nuevos movimientos sociales", OSAL/CLACSO, n.5.
- TARROW, Sidney
1983 *Struggling to reform: social movements and policy during cycles of protest*, Western Societies Program Center for International Studies, Cornell University, Ithaca.
- TARROW, Sidney
1997 *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid.
- TILLY, Charles (2003), *The Political of Collective Violence*, Cambridge University Press, Cambridge.
- TILLY, Charles & TARROW, Sidney
2008 *Politique(s) du conflit*, Sciences Po, Paris.
- TOURAINÉ, Alain
1984 *Le retour de l'acteur. Essai de sociologie*, Fayard, Paris.
- .1987 *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, 606 PREALC, Santiago.
- .1988 *La Parole et le Sang. Politique et Société en Amérique Latine*, Edit. Odile Jacob, Paris.
- ZIBECHI, Raul
2007 *Les mouvements sociaux entre l'autonomie et la lutte pour le changement*, ALAI, julio.
- ZIZEK, Slavoj
2011 *Occupy: Scenes from Occupied America*, Verso.